

Para morirse de risa

Un hombre estornudó, un hombre sonrió, una mujer lloró y otra murió. Ya había habido tres terremotos, dos maremotos y miles de catástrofes naturales más, que ni el propio Dios podría haber enumerado... aunque sería raro pensar en que eso fuera cierto, pues ¿No era Dios, el barbudo bonachón, el que había creado a los hombres y además, conocía y controlaba todo aquello que estaba sobre la Tierra?... supongo que sí pero no importa, lo que importa es que todo esto ocurrió en un solo día.

Ese mismo un-solo-día, en una ciudad, un auto había chocado, un hombre había sido salvado y un político había afanado, cosas inusualmente típicas en esta nuestra querida ciudad. Sin embargo, en este particularmente rutinario día, la sociedad se había paralizado. Creo que hasta Dios se había meado con tremendo suceso... pues ese día había llovido y al menos yo, siempre me imaginé que la lluvia era el pis de Dios... aunque bien podría haber sido sus gallos de moco transparente o quizás y solo quizás, podría ser sudor después de un trabajo nocturno o a la luz del propio día, no sé... la cosa es que había llovido ese mismo día.

Qué detuvo al mundo en ese momento, queda a criterio tuyo, mío, de él o quién sea... aunque pensando un poco cuando hay sucesos que hacen que la sociedad... perdón la sociedad tiemble; todos solemos ponernos de acuerdo en qué es lo que nos está tocando las pelotas, cuando no la iglesia, el fútbol, cuando no el presidente, mamá y así sucesivamente... ese día fue el anuncio de cuarentena provocada por una pandemia real.

Los viejos y viejas, adultas y adultos, niños y niñas, temblaban mientras las manos invisibles del miedo se cernían sobre sus bolsillos, ojos, nariz, boca y quién sabe qué más, que ya venían tapados desde un principio. Aunque poniéndome a analizar más detalladamente había uno que no estaba temblando, había uno que no le importaba y había uno que no se inmutaba. En un barrio había un pibe, en el pibe había un cerebro, en el cerebro había un código que respondía al nombre de Felipe.

A Felipe no le sorprendía que hubiera una cuarentena. Para Felipe el anuncio recitado por un hombre bien vestido, solo había hecho oficial algo que ya existía, sentía algo así como cuando está esperando que el profesor confirme que la respuesta sea la correcta, sabiendo de antemano que todo lo escrito ya estaba bien. Desde que Felipe tenía memoria la gente caminaba en burbujas, burbujas donde cada uno hacía lo que quería, pensaba lo que quería y vivía lo que quería. Todos en paz... todos en paz hasta que dos burbujas se chocan... chocan y generan la muerte de esas dos personas que dura apenas unos milisegundos y al toque se levantan, se reinventan, renacen se conocen en la belleza del desconocimiento y reconstruyen esa, su burbuja, ese, su recorte precario del mundo.

La pandemia tampoco era sorprendente; había desde hacía tiempo una pandemia de pobreza en el mundo, una pandemia de humanos y aún así la gente no lo veía. Lo que pasó fue que un hombre mal vestido, lleno de falopa lo había anunciado y no uno bien vestido que tenía bastantes papelitos sobrevalorados.

Pasó el tiempo y la cuarentena ya tenía varios nombres, cuarentena, *cuareterna*, cuarentona tetona... ese último me lo inventé yo... la gente se quejaba, el aire asfixiaba y el malestar abundaba, pero en aquella ciudad real en los páramos de la irrealidad, la gente se reía. Qué mejor remedio para la amargura, de que una pandemia haya roto la máscara poco ventilada de la

mentira, que la risa. A Felipe le encantaba reír, mamá decía que en la dificultad había que sonreír y salir para adelante, a pesar de no saber dónde queda adelante exactamente, es adelante la derecha o la izquierda, arriba o abajo, adelante o atrás, no sé. Sin embargo, debía controlarse ya que había habido casos en que la gente había muerto de la risa. Se decía que había un riesgo mínimo de que una pandemia de felicidad y carcajadas se desatara, aunque de todas formas esta posible pandemia ya estaba bien controlada.

La gente estaba en casa, nadie salía, a muchos no les molestaba... no les molestaba mientras que ellos fueran los que decidían estar adentro, no les molestaba estar presos en burbujas mientras que nadie los obligara, así nació el sentimiento de falta de libertad, con una verdad... verdad que mutó para pasar a ser omnipresencia y de omnipresencia se degradaba en una mentira, mentira cálida, suave, dulce pero no empalagosa, que se nos mete en la cabeza como la almohada y nos acurruca para hacernos felices, al menos unos segundos.

Pasó el tiempo nuevamente, ahora nos ubicamos en un minuto, una hora, un mes, un año y nada después de aquel sanguinario y salubre anuncio. Una pandemia había pasado, la gente vitoreaba, la gente volvía a vendar sus ojos para salir, pero esta vez la venda iba a estar unos milímetros más abajo cosa que no se perdieran en la nueva realidad y pudieran estar al día para no volver a temblar en la próxima pandemia. Aunque era cuestión de tiempo para que dicha venda seducida por una mentira volviese a subir a su original posición unos milímetros para arriba.

Felipe también salió a la calle. Sin venda, veía burbujas, autos, mugre, hambre, pobreza, tristeza, dicha y amor. Las pandemias se habían ocultado de la vista nuevamente... aunque en realidad siempre estaban al frente donde queda adelante. Pandemias infinitas, pandemias destructivas, pandemias de muerte, la vida era una gran pandemia. Felipe se rió, se rió para salir adelante lejos de aquellos pensamientos e inconscientemente se vendó los ojos.

Felipe nunca en la vida paró de reír, cuando una vida después, que pudo ser un año, un día, una hora, un segundo o lo que fuera, la madre de Felipe cayó muerta de la risa por la muerte de su hijo: este tenía una gran sonrisa. No sabría decirte si fue feliz o no, porque una sonrisa puede ser tan feliz como triste, tan buena como mala, tan fría como cálida y es ahí donde reside el arte de la sonrisa, lo único que sé, es que murió queriendo ir adelante, con una sonrisa en la cara.

“Jajajajaja” me mato de la risa.

Firma: Uno en el mundo.